

sucederle en el trono se encontró el hijo con otros tantos expertos capitanes, afectos á su persona con ese cariño tan firme, que se concibe en la infancia. A la cabeza de éstos, pensó Sesostri conquistar al mundo, y en breve reunió seiscientos mil infantes, veinticuatro mil caballos, y veintisiete mil carros de guerra; que poco cuesta al historiador y á la imaginación multiplicar el número. A todo esto, y á pesar del aborrecimiento que se dice tenían los egipcios al mar, agregaban algunos una escuadra de innumerables velas. Con tanto armamento sojuzgó la Etiopía, y pasó al Asia; por el camino que habían traído quizá los primeros civilizadores, y por donde volvieron sus descendientes con frecuencia, penetró en la India más adelante que Hércules ó Baco; atacó á Escitia, la Colquide y la Tracia; y por último, abandonando, no se sabe por qué, tantas conquistas, dió la vuelta al cabo de nueve años; halló una conjuración dispuesta contra él por su hermano Armaida, y disipándola no pensó ya en otra cosa más que en asegurar la pública prosperidad, y en cicatrizar las llagas de la pasada guerra. Erigieronse entonces centenares de templos, á cual más esplendidos, en uno de los cuales se colocaron estatuas de treinta codos de altura que representaban al rey, á la reina y á sus cuatro hijos, mientras que una red de canales difundía la fertilidad por todo el país, uniendo á Menfis con el mar. En estos trabajos no empleó mas que brazos de esclavos y extranjeros, y desplegando un lujo bárbaro así como una devoción inhumana, cuando alguna vez iba al templo, hacia que tirasen de su carro príncipes subyugados. Dictó también excelentes leyes, inspirado por Mercurio: repartió el territorio, é instituyó el censo, levantó tributos regulares.

Sin insistir respecto de lo inverosímil de esta narración, veamos si tiene algun fondo de verdad. En primer lugar parece bastante cierto que Sesostri fué el más grande de todos los reyes de Egipto, y que floreció cerca de catorce siglos antes de la era vulgar. Su principal mérito consiste en haber restituido la independencia al país, lanzando enteramente á los árabes. Quizá en el primer ímpetu salió realmente é hizo correrías á la manera de los beduinos, contra los países más abundantes, como eran

entonces la Etiopía, el Asia anterior hasta Babilonia, y parte de la Tracia, y por mar contra la Arabia Feliz y las vecinas costas, probablemente hasta la Península India. Las operaciones que ejecutó en lo interior del país, muestran cuán despóticamente reinó. Es además probable que en su tiempo se principiase los mayores monumentos del Egipto; pero edificios de aquella magnitud no se acaban con los sudores de una generación sola. Púedese creer también que entonces se organizase más completamente la división de las castas; porque en verdad, la de los navegantes no podía florecer antes de que abundasen los canales, ni la de los guerreros antes de que el país estuviera unido bajo el cetro de uno solo.

Se creen transmitidas á la posteridad las empresas de Sesostri en monumentos del Asia Menor, indicados por Herodoto, y encontrados por los modernos; y las cuales están cantadas en un poema histórico, principalmente la victoria alcanzada sobre los esquetos (escitas?), venciendo á los cuales, pudo *hacer libre el aliento de los Licios y de los Jonios*.

Belzoni descubrió en Allor, en la Nubia, un templo dedicado á Isis por la mujer de Ramesces, y antes penetró en el de Ibsambul, donde halló sentados sobre la fachada cuatro colosos, cada uno de sesenta piés de altura, y que sin duda representaban á este monarca, cuyas victorias están recordadas en los bajos relieves de que está cubierto todo el monumento. Diez y seis salas con pinturas sobre asuntos religiosos conducen á un santuario, en cuyo fondo hay otras cuatro estatuas mayores que el natural, lo cual induce á suponer que allí está la tumba de Sesostri.

Posterior y sucesor suyo fué su hijo Ramesces, llamado también Feron, que reinó mucho tiempo en paz, y cuyo nombre se lee en el templo de Karnac y en otras partes. Aquí, despues hay una laguna confesada también por Herodoto, y aparecen Amasis, el etiope Actisano y Mandes ó Manes; desde aquí y durante el tiempo de cinco generaciones, todo fué anarquía, hasta que en la época de la guerra troyana dominaron, Preteo, despues su hijo Ramses, luego siete sucesiones de reyes, entre los cuales se distinguieron Nilo, Cheops, Chefren y Micerino, fundadores de las grandes pirámides; Bó-

coris ó Asiquis, que dictó leyes, y finalmente el ciego Anisis, que arrojado del trono por el etiope Sabacon, volvió á ocuparlo al cabo. Tan frecuentes visitas de los etíopes debieron tener por causa las intestinas disensiones, probablemente entre las castas de los guerreros y la de los sacerdotes, que intentaban recuperar la perdida superioridad con las armas extranjeras. Y en efecto, cuando la raza etiópica adquirió el dominio, lo confirió á la casta sacerdotal, representada por Setos, sacerdote de Vulcano.

Deben aceptarse estas historias como acepta el naturalista los fósiles desparramados acá y allá, porque le confirman las revoluciones del globo, sin que puedan determinarle el tiempo en que ocurrieron. Frecuentemente no son más que simbólicos geroglíficos; y al decir Herodoto que reinó Anises el ciego, indica quizá alegóricamente lo que Diodoro expresa de un modo más prosáico, consignando el vacío que se encuentra en la tradición de aquella época. Si pensamos que Busiris quiere decir tumba de Osiris, al leer que Busiris II fundó á Tebas, nos inclinamos á interpretar que los Faraones, fundadores de esta ciudad, reposan en la tumba de Osiris, ó acaso que la arquitectura á cielo descubierto sucediera á las excavaciones subterráneas. El trasformador Proteo es simbolo de la edad antigua, que concluye abriendo una nueva, como Júpiter que sucede á Saturno, y como Hércules que ayuda á Atlante á sostener el mundo.

Bástenos, pues, deducir por conclusion, que los tiempos más florecientes del Egipto fueron desde 1500 á 800; y que al terminar éstos, Sabacon, procedente de la Etiopía ó de Meroe, sojuzgó el país, turbando así la prolongada paz á cuyo favor pudo elevarse á prosperidad tan grande. Probable es que los sacerdotes, si primeramente se valieron de las armas extranjeras, reanimaran despues el ardor nacional hasta el punto de llegar á la expulsión de los extranjeros, creciendo tanto su poder, que Setos, sacerdote de Fta, se enseñoreó del trono. Dióselo á pesar suyo la casta guerrera, vilipendiada por él, por cuya razon se exacerbaban tanto las discordias, que aprovechándose de ellas Senaquerib, rey de Asiria, pudo dirigirse contra los egipcios. Aterrados éstos se coligaron con los hebreos y pidieron auxilio á Taraco, rey de

Etiopía; pero es probable que hubiera acabado allí su independencia, si el ejército de Senaquerib no hubiese sido exterminado bajo los muros de Jerusalem por el ángel de Dios, como dijeron los hebreos; por los ratones que royeron las cuerdas de los arcos, segun dice Herodoto; por una epidemia, como algunos piensan, ó por el viento del desierto como otros creyeron. El hecho es, que por uno ú otro motivo se vió obligado el rey á volver á Ninive.

Con tan varios sucesos se relajaron los vínculos nacionales, renaciendo la antigua división del Egipto en doce Estados, y como ocurre generalmente llegaron éstos á tal extremo en sus disensiones, que Psamético, jefe del nomo ó provincia de Sais, fué lanzado del poder. Habiendo tomado éste á su servicio tropas de griegos, carios y fenicios, con su ayuda no solo volvió á su Estado; sino que sometió á sus émulos y reunió en sus manos la dividida autoridad, trasladando la sede de los faraones á Sais. Se debió, pues, la restauración á los extranjeros; y aliado el Egipto con griegos y asiáticos principió á experimentar las influencias exteriores, hasta que llegó de Persia Cambises á conquistarlo.

CAPÍTULO XV

Instituciones egipcias.

Hablando de las castas, créese que tuvieron origen en los diversos pueblos que venían á habitar un país, en el que uno preponderaba sobre otro, continuando cada uno en la ocupación á que se habia dedicado. Del mismo modo creemos formado al egipcio de fragmentos de varios pueblos, y por eso, sin duda, quedó dividido en castas de sacerdotes, de guerreros, de labradores y negociantes. Contamos también los porqueros y los pastores como casta odiada, y los intérpretes introducidos por Psamético cuando montaba la administración del país á la griega; pero aquéllos debían pertenecer á los labradores, éstos á los sacerdotes y negociantes, y el resto del pueblo era esclavo.

Los sacerdotes pretendían haber recibido de Isis la tercera parte del territorio: ellos eran los depositarios de la ciencia, y por consiguiente de los empleos y del poder, siendo al mismo tiempo los moderadores ó el contrapeso de la

régia autoridad. Cada uno de ellos estaba destinado á un templo; era indeterminado su número, y se hallaban constituidos en una gerarquía con un pontífice también hereditario. Llevaban enteramente afeitada la cabeza, trajes de lino de deslumbrante blancura, y calzado de papiro; debían lavarse dos veces al día y otras tantas por la noche; eran muy rigurosos en los alimentos; se abstenerían por completo de habas, de legumbres, de carne grasa y de pescado, y bebían con cierta medida el vino, que á ellos y al rey estaba reservado. No pagaban tributo por sus tierras; pero exigían el diezmo sobre las demas. El sumo sacerdote era el primer magistrado despues del rey: los otros hacían las veces de jueces ó médicos, aplicándose cada uno á la cura de un sólo cuerpo político y docto á la vez, que tenía sus principales colegios en Tebas, Menfis, Heliópolis y Sais.

Da una idea de su gerarquía un excelente pasaje de Clemente Alejandrino, que describe así la procesion de Isis: «Va delante el cantor con un símbolo de la música y con dos libros de Hermes que contienen el uno himnos á Dios, y el otro reglas de conducta para el rey. Sigue el horóscopo con el cuadrante y el ramo de palmera, emblema de la astrología, y siempre debe llevar delante los cuatro libros de Hermes relativos á los astros. Marcha á continuacion el sagrado escriba, con plumas en la cabeza, un libro y una regla en la mano, y con la tinta y la caña de escribir; y éste debe saber la geroglífica, la cosmografía, la geografía, el camino del sol, de la luna y de los cinco planetas, la cosmografía del Egipto y del Nilo, y todo el aparato de ceremonias, la medida y la índole de cuanto sirve para los sacrificios. Detras va el estolista, llevando el cubo de justicia y la copa para las libaciones, y ha de estar instruido en lo que concierne á educación y al arte de preparar las víctimas. El último viene el profeta, sosteniendo entre los pliegues del traje la urna sagrada, descubierta á la vista de todos, y seguido de los que conducen los panes. El profeta, presidente del templo, debe aprender los diez libros sacerdotales propiamente dichos y vigilar la distribucion de las rentas: los seis libros de Hermes, hasta completar el número de cuarenta y dos, que tratan del arte de curar, se

dejan á los pastóforos, último grado sacerdotal.»

Los sacerdotes padecieron mucho en las sucesivas revoluciones, y en tiempo de los Tolomeos estaban obligados á pagar un tributo al rey por la iniciacion, y á verificar cada año un viaje á Alejandria, llegando en fin á verse reducidos á custodiar los archivos. No obstante subsistieron siempre, y quizá son reliquia de ellos los coftos, ligados todavía hoy en casta, y que sirven de escribanos.

La segunda aristocracia eran los guerreros, distribuidos en campamentos contra los nómadas, en la Elefantina contra los etíopes, en Dafne contra los árabes, ó en Marca contra los libios. Poseía cada uno doce acres de tierra, libres de tributo, y se dividían en celesirios y ermotibios, contándose de los primeros hasta doscientos cincuenta mil, y ciento sesenta mil de los otros; el servicio cerca del rey lo hacían mil al año, y recibían sueldo y raciones.

Como los muchos canales de que estaba cubierto el Egipto impedían que un ejército pudiera desplegarse en toda su extension, se organizaban en cuadros de diez mil hombres, de manera que cada cual pudiera gobernarse por sí mismo. Unas veces el estorbo de los carros, y otras las supersticiones ocasionaron derrotas; pero los monumentos desmintieron la nota de cobardes dada á los egipcios, que con tanta frecuencia se lanzaron hasta lejanas conquistas, y mostraron cuán bien conocían las evoluciones navales.

Entre los guerreros se elegía al rey, cuyo poder pasaba al primogénito, y despues á las hijas, á los hermanos y hermanas, conservándose no obstante la forma electiva. Los candidatos deben residir junto á Tebas, donde estaban las tumbas régias, y donde hacían las elecciones los guerreros y los sacerdotes, confirmando el pueblo. Entonces el nuevo Faraon, con gran comitiva de sacerdotes, de plebe, de guerreros y de númenes, era conducido junto al Nilo, donde un bucentauro lo trasladaba á la otra orilla, para hacer la entrada en palacio. Como descendiente de los dioses, obtenía denominaciones y honores casi divinos: hijo del sol era el título más comun; adornaba su cabeza la mitra de Osiris, y se colocaba su estatua entre las deidades, por lo cual se confundieron con frecuencia hombres y dioses, y los con-

quistadores griegos y romanos tuvieron título y culto de inmortales.

Pero si era déspota el rey sobre el pueblo, con respecto á las castas privilegiadas debía atenerse á las leyes. Principalmente lo moderaban los sacerdotes, con reglamentos que se extendían hasta los actos más minuciosos, á los alimentos, á la distribucion de su tiempo, y á todo. Sólo debían componer su corte personas de notorio mérito, y cada mañana había de entrar en el templo donde el sumo sacerdote le dirigía un discurso acerca de las régias virtudes, demostrándole á qué males arrastran los vicios contrarios, y maldiciendo á los que extraviasen al monarca. Completado el sacrificio se leían máximas morales y los hechos históricos más á propósito para estimularle á practicar las virtudes de un rey. ¿Quién no elogiará este buen uso de la religion, reguladora de la moral, y maestra de verdad allí donde ésta penetra tan difícilmente?

A la muerte del rey cesaban todos los negocios; durante sesenta y dos dias todos vestían de luto; continuaban los sufragios, y se abstenerían de carne, huevos, queso y vino, y como si hubiera empezado ya el derecho de la posteridad, era llamado á rendir cuentas de su conducta á aquellos que habían cesado de temerle. Estos eran los juicios de los muertos, de que tanto hablan los antiguos, y en los cuales, príncipes y magistrados eran examinados antes de obtener sepultura. Un lago dividía la tierra de los vivos de la última morada de los finados, y detenido el cadáver en las orillas de aquél, le intimaba un heraldo que diese cuenta del uso que había hecho de su vida. Temor, intereses, envidia, todo enmudecía allí, y en presencia de los cuarenta jueces aparecían virtudes y vicios hasta entonces ignorados. Si el difunto había cumplido las obligaciones de su estado, se le concedían honores fúnebres; de lo contrario, se le negaban; y así sabían los egipcios sustituir las penas ideales á las reales, la ignominia á los tormentos. El nombre del rey que en este juicio sucumbía era borrado de los monumentos, y los demas eran colocados en veneradas tumbas.

En ciertas ocasiones de gran importancia convocaban los reyes á los diputados de los diferentes nomos, y parece que estaba destinado

para semejantes asambleas el Laberinto, maravilla de la antigüedad, union de doce palacios tan espléndidos de hermosura, que dice Herodoto no podía sostener la comparacion con ellos ningun edificio de Grecia ni de Asia.

Los impuestos se fijaban cada año conforme á la elevacion de las aguas del Nilo, como aún se practica; pero no sabemos en qué proporciones, y sólo nos costa que el fisco obtenía provecho también de las minas y de la pesca.

Ocho libros de Tot, es decir, del que era tres veces grandísimo, constituían el código egipcio: pero las leyes citadas por los historiadores deben pertenecer á tiempos muy diversos, pues que unas son bárbaras del todo, y otras grandemente civilizadas. El adulterio se castigaba con mil latigazos, y á la adúltera se le cortaba la nariz; al falso acusador se le imponía la pena que hubiera correspondido al calumniado; al falsificador de escritos y monedas se le cortaba la mano; el homicidio tenía pena de la vida, aún cuando recayese en un esclavo; y era igualado al homicida quien pudiendo salvar á otro acometido, no lo hacía. El que conocía á un homicida debía denunciarlo, bajo pena de azotes, y la ciudad más próxima al lugar en que se cometía un asesinato estaba obligada á tributar al muerto dispendiosas exequias, á fin de que cuidase de guardar bien los caminos. El padre que mataba á un hijo era condenado á tener abrazado tres dias su cadáver, y esta pena muestra cuán lejana estaba aquella legislacion de conceder el derecho de sangre á los progenitores, y cuánto estimaba la fuerza de los afectos. La mujer que estaba en cinta no sufría el suplicio hasta despues del parto. La nota de infamia castigaba al soldado cobarde. Cada cual estaba obligado á dar cuenta de cómo ganaba su sustento, y el ocio era castigado de muerte; pena exorbitante en buen reglamento, y de la cual no hace dudar la otra narracion, que afirma haber abolido Sabacon la pena capital, erigiendo para los culpados una ciudad de malhechores, nombre feo que disminuye el mérito de una institucion digna de ser imitada. El deudor afianzaba con sus bienes, pero no con su persona: y Asiquis inventó el medio de obligar su fé, determinando que diese en prenda el cadáver de su padre; gran lazo para un pueblo que tanto santificaba la religion de los muertos.

Refiere Diodoro que estaban organizados de tal modo los ladrones, que depositaban los robos en poder de un jefe, al cual recurrían los robados, pudiendo recuperar sus efectos por una cuarta parte de su valor. Quizá lo estipulara así algún pacto que los egipcios hicieran con los árabes beduinos, hombres rapaces é ignorantes de todo derecho de gentes.

La justicia se administraba por los sacerdotes, treinta de los cuales, entresacados de Tebas, Heliópolis y Menfis, capitales de las tres divisiones del Egipto, y espléndidamente remunerados, formaban un tribunal superior. Al entrar en el ejercicio de sus cargos juraban no obedecer al rey cuando preceptuase una injusticia; de su gremio elegían un presidente, que se ponía al cuello una cadena de oro con la imagen de la Diosa Saté ó la verdad, y despues de pesar las razones del pleito, que debían exponerse por escrito, para evitar los atractivos de la elocuencia, volvía aquella imagen hácia la parte que juzgaba vencedora.

En presencia de los elogios prodigados á los egipcios, ¿qué pensar de un gobierno en que un Faraon medita *oprimir sabiamente* á un pueblo refugiado, y que no pudiendo anadarlo por medio de enormes fatigas, ordena que sean degollados todos los recién nacidos? ¿qué pensar de un país en el cual, no solo hay vencedores y vencidos, sino que se hallan de una parte dominadores ilustrados, y de la otra siervos ignorantes y brutales?

Las leyes, pues, aún en aquello que tenían de buenas, sólo aprovechaban á unos pocos, es decir á las castas dominadoras; el resto de la población no tenía propiedad, ni por tanto derecho civil. Probablemente no trabajaban los artífices y los negociantes sino en beneficio de las castas privilegiadas. Dijeron los griegos que cada uno estaba dispuesto á profesar el arte de su padre; pero acaso aplicaron á los demás sus propias ideas, explicando así que no se podía salir de la casta peculiar de cada cual, cuya inmutabilidad era el fundamento del Estado. Seguramente era muy vivo el comercio de Egipto, pues que no le arruinaron tantas desventuras, compensadas también en parte por las ventajas naturales de la posición del país. De aquí las inmensas riquezas de los templos, en donde reuniéndose un pueblo entero con ocasión de

los panegíricos, se multiplicaban los negocios de allí partían caminos para Etiopia y Meroé; otros descendían hácia el mar donde encontraban naves; otros penetraban hasta el Níger, ó se dirigían á Cartago y á la Fenicia, ó bien se extendían hasta la Armenia, el Cáucaso, Babilonia, Palmira y Bactra. Además, las telas y piedras de la India, y por fin algunos vasos y otras preciosidades chinas que encontramos en sus sepulcros, nos hacen presumir que peregrinaban hasta países tan remotos. El rey Amasis abrió despues el Nilo á los griegos, asignándoles terrenos, en los cuales construyeron un templo y dieron grande impulso al comercio, si bien con daño moral del país, porque su constitución se fundaba como en general la de los Estados de la más remota antigüedad, sobre las costumbres pátrias que los legisladores procuraban conservar juntamente con el odio á los extranjeros. Por consideraciones higiénicas, no ménos que por distinguirse de los demás pueblos, usaban los egipcios la circuncisión; no se sentaban jamás á la mesa con los extraños, ni se servían de cuchillo que por los extranjeros hubiese sido trabajado. De ahí el aborrecimiento hácia las tribus israelitas errantes entre ellos, que siempre permanecieron completamente separadas del resto de los habitantes.

Atentos á rechazar el Mediterráneo, lo consideraron como un enemigo; situaban á Occidente los países consagrados á la muerte y al eterno descanso, y el dominio de los dioses infernales; y más lejos, en los arenales de la Libia, los géneos maléficos y Tifon. Por no traficar directamente, preferían servirse de las hordas incultas, transformándolas en caravanas; pero en la historia, no ménos que en los monumentos, está desmentido el odio que se ha supuesto tenían al mar; ántes bien, los Alejandrinos, que debían la vida y la prosperidad al tráfico, pusieron el imperio de los mares en las manos de Isis.

Daban principalmente materia á cambios las cosechas; las cuales eran tan abundantes, que la de un año proveía al Egipto de cuanto pudiera consumir en tres. Tenían pocos montes, y hasta muy tarde no tuvieron viñas; criaban caballos; sabían sacar pollós artificialmente; tejían su viso, ó sea el lino, y fabricaban vasijas

de barro ligerísimas para refrescar el agua, de forma elegante y con hermosos cuanto brillantes barnices. Era producción especial del Egipto el papiro, del cual se formaba el papel tan usado por los antiguos.

Los egipcios pintaron sobre las tumbas sus quehaceres domésticos, de tal suerte que de ellas podemos sacar una historia de su vida interior, y de los oficios en que se ejercitaban. El vulgo vestía una túnica de lino corta, llamada *calasiris*, ceñida por la parte superior, alguna vez con mangas cortas guarnecidas de franjas; llevaba calzado de papiro ó de cuero, la cabeza descubierta, la cabellera rizada, y en alguna ocasión un manto de lana, que se quitaba para entrar en el templo. Las mujeres usaban anchos vestidos de lino y de algodón; con grandes mangas de un solo color, muy cuidados los cabellos, cintas, anillos y pendientes; salían con la cara descubierta, y las acompañaban esclavos con largos trajes rayados. Los ricos iban en palanquines y en carros de dos caballos, y precedidos de dos lacayos y seguidos de otros dos criados que conducían un asiento, y cuanto el amo pudiera necesitar en el camino. Jugaban á las damas, y los niños á la morra, á la pelota y á toda clase de ejercicios de fuerza: combates de toros, cazas de hiena, bufones y enanos eran los placeres del vulgo. Pinturas al fresco, muebles de maderas extrañas, dorados, embutidos, esteras y tapices, vasos de elegante trabajo, vidrios pintados distinguían las casas de los ricos, edificadas con diferentes pisos, y con un jardín cuadrado, ceñido de empalizada, entre palmeras, enrejados, fuentes y pabellones en los que se bailaba, se gozaba de la música, y se distraía la imaginación con varios juegos. Al entrar los convidados al banquete, un esclavo les quitaba las sandalias, y otros llevaban agua y perfumes; despues se sentaban separados de las mujeres, y concluida la abolicion recibían una flor de loto ó una guirnalda. No usaban los triclinios de los romanos, sino sillas, escaños, sillones, sofás como nosotros, y en cada uno de éstos se sentaban dos. Les servían vino, refrescos, vaca, patos, pescado, caza, legumbres, frutas, y todo la partían con los dedos.

No era por lo general hermosa la raza que habitaba el Egipto, pero se equivoca quien la

crea negra. Ciertamente era oscuro el color de las clases inferiores; pero era blanco el de las superiores, lo cual, unido á las observaciones hechas en los cráneos, confirma la idea de que las diversas castas provenían de los pueblos diversos que vinieron á este país sucesivamente. La misma observación respecto de las momias confirmó el aserto de Herodoto relativamente á la robusta salud de que gozaban los egipcios, la cual debían probablemente á la sobriedad que los distinguía entre los antiguos, y que estaba sancionada por la religión. Los sacerdotes principalmente debían ofrecer ejemplo de templanza, y no dormían sino en camas de hojas de palmera, aún cuando Roma exportaba de Egipto mullidos colchones de pluma de ansar. Sin embargo, refieren otros que hácia la mitad de los banquetes sacaban un féretro, ó para hablar con más exactitud, uno de los estuches en donde metían sus momias, y lo paseaban alrededor de los convidados diciendo á cada uno: *Bebe y goza antes que seas como éste.*

Atribuían á Manes la institución del matrimonio, lo cual quiere decir que la colonia educadora comenzó á civilizar el país, por lo que es el fundamento de toda sociedad, la estabilidad del consorcio. Contraían matrimonio con las primas y las cuñadas que se quedaban viudas sin sucesión, como lo hicieron los hebreos, y como aún lo practican los coftos; pero sólo en tiempos posteriores introdujo la dinastía macedonia las uniones entre los hermanos. Era tolerada la poligamia, aunque no entre los sacerdotes, quienes probablemente conservaron de las antiguas tradiciones más justas ideas de aquel vínculo sagrado. Se custodiaba la belleza en los serrallos; había personas encargadas de proveerlos, y á tal poder se elevaron los eunucos, que su nombre llegó á ser sinónimo de ministro. Eunuco del Faraon era Putifar, el amo de José, y apenas llegó Abraham á Egipto dijeron al faraon que llevaba consigo una mujer hermosísima, la cual fué conducida al harén, tratándose con gran cortesía al supuesto hermano.

Se dice que los egipcios eran un modelo de gratitud y de reverencia filial; pero legalmente sólo las hijas estaban obligadas á mantener á mantener á sus ancianos progenitores. Estando confiada la defensa pública á la casta de los

guerreros, los demás vivían en la mayor pereza, y si hemos de creer á Herodoto, pasaban el día hilando, dejando abandonado el gobierno de la casa á las mujeres.

Pero la extravagancia de las costumbres egipcias, la perpétua alternativa de lo grandioso y lo mezquino, nos confirman más y más en la creencia de que este pueblo se formó de la mezcla de otros, diversos en opiniones y cultura. La política egipcia consistía en mantener cada uno tenazmente sus propios usos; destino común á otros muchos pueblos asiáticos, que conservan y no perfeccionan, y que presentan desde su origen preciosos gérmenes de verdad y jamás los maduran.

Esta mezcla aparece todavía más patente cuando se examinan la religion y la doctrina de los egipcios.

CAPITULO XVI.

Ciencias de los primeros pueblos y especialmente de los egipcios.

Pitágoras, Homero, Platon, Licurgo y Solon fueron á buscar á Egipto la ciencia; Mosisés fué instruido en toda la sabiduría de los egipcios; los órfitos y los pitagóricos, civilizadores de las dos Grecias, nada mejor supieron que trasladar á sus sociedades las instituciones egipcias; del Nilo venía Cecrops, fundador de la ciudad más culta de Grecia, á la cual se confiesa deudora la Europa de su saber, y el oráculo declaró que los egipcios eran el pueblo más sabio del mundo. Y sin embargo, ¡qué carencia de los conocimientos más sencillos! ¡cuánta superstición en gentes que adoraban las ceboallas nacidas en sus huertos! ¡cuánta grosería en reyes que para encontrar dinero á fin de alzar pirámides, sacan al mercado la honestidad de sus propias hijas! ¿Cómo poner de acuerdo tan graves contradicciones?

Jamás podrá ser la ciencia útil á la generalidad, ni francamente progresiva, mientras constituya el privilegio y el secreto de una corporación. Ahora bien, entre los pueblos antiguos el saber era patrimonio exclusivo de los sacerdotes, entre los cuales tasadamente se repartía.

Pero ellos mismos, ¿de dónde lo habían obtenido?

Objeto de maravilla es que apenas aparece en la Historia la estirpe humana, abunde en

tantos conocimientos; que sepa cultivar los campos con instrumentos diferentes; que domine á los animales; que haga el pan, el vino y el aceite; que teja, cosa y borde; que fabrique el vidrio, pesque el coral, extraiga los minerales de la tierra y labre los diamantes. La estatuaría, la arquitectura, la música, el baile, la fusión de los metales, el sistema de las pesas, medidas y monedas, los sellos, la cronología, la aritmética y la escritura, se hallan recordadas en las tradiciones más remotas, en las cuales encontramos también mencionados cultos, leyes, tribunales, contratos y castigos.

Hay más: conocimientos que pudieran pasar como de mera curiosidad, á los cuales no era conducido el hombre por la necesidad, y que requerían observaciones de largos siglos, muy finos instrumentos, y precisión de cálculo, los posee ya la humanidad desde su infancia. Podían advertirle que la tierra era esférica, el aparente movimiento diario de los astros, la sombra circular proyectada sobre la luna en los eclipses, y la superficie convexa del mar; pero ¿de dónde dedujo las dimensiones de nuestro planeta? Y sin embargo, sobre éstas se fundaron los sistemas de medidas del Egipto y del Asia. El periodo de 19 años conservado todavía con el título de *número aéreo*, era conocido de los egipcios; era común á los asiáticos el de 60 años, y los caldeos usaron el de 600. Los egipcios conocieron igualmente la esfera, el gnomon, la división del tiempo en semanas, los eclipses terrestres y lunares, así como la excentricidad de los cometas; y aunque desprovistos de telescopios supieron que la vía láctea es solamente una agregación de estrellas; y los lados de su mayor pirámide miran precisamente á los puntos cardinales. Así es, que Chemchid, fundó á Persépolis el día en que el sol entraba en Aries y principiaba un periodo; astrónomo era también Fo-hi, fundador del imperio Chino.

Cuando vemos á un niño de diez años saber no solamente alimentarse y evitar los peligros, sino traducir además en sonidos sus propias ideas, transmitir las con palabras, darles estabilidad por medio de la escritura, descomponiendo todo el humano saber en veinte y cuatro letras, diez cifras y siete notas musicales, nos es forzoso creer que fué educado por quien ya sa-

bia, y que había recibido sus conocimientos de la tradición. No me parece que pueda deducirse otra conclusión de la ciencia de los primeros pueblos. Suponerla, con Bailly y Romagnosi, transmitida por una gente más antigua, sólo es alejar la dificultad. Nosotros opinamos que fué un resto de la ciencia de los primeros hombres, ilustrados por la visión de Dios, y abandonaremos esta opinión cuando se nos presente otra más racional. Entre tanto, nos confirma en la nuestra el ver que la ciencia no se desarrolla paso á paso por sucesivas conquistas, sino que posee desde el principio ciertas fórmulas estúpidas, que después no perfecciona, errando por el contrario en su aplicación.

Parecerá que estoy en la verdad, si fijándonos en los egipcios, se atiende á que contra la naturaleza de todas las invenciones, fueron éstos olvidándolas de tal suerte, que cuando comunicaron su astronomía á los extranjeros, los sirvieron de poco. Respecto de la admirada coincidencia del año sotlaco con el trópico, lo hemos discurrido en otra parte. El conocimiento de la precisión de los equinoccios no tenía más fundamento que los zodiacos de Esné y de Déndera, y cayó con ellos. En la orientación de las pirámides, que es lo que les hace más honor, y por lo cual las supusieron algunos obra de los primeros patriarcas, y hasta antediluvianas, una meridiana determinada como á una tercera parte de grado, podía bastar por el método elemental de las sombras iguales. El orden de los planetas, conforme al cual designaron los días de la semana, puede establecerse hipotéticamente por la creciente duración de sus revoluciones, calculado en globo. Se afirma que habían enseñado á Pitágoras el verdadero sistema del mundo tantos siglos antes de Copérnico; pero ¿cómo creerlo si vemos que Tales nada supo de él, y que pareció muy extraño á los griegos cuando lo enseñó Filolao, quien suponía ser el sol un espejo que reflejaba la luz y el calor de los planetas?

Los atenienses, los hebreos y otras colonias procedentes de Egipto, no usaban otro año más que el lunar: uno de solos 365 días llevó Tales á Grecia desde este país; y Herodoto no indica siquiera las seis horas añadidas por los sacerdotes. Dicen que observaron trescientos setenta y tres eclipses de luna; pero esto no quiere

decir que los predijeran; y Tales que aprendió de ellos, no hallamos que asegurase la hora ni aun el día del famoso eclipse que había anunciado. Además, el geógrafo Tolomeo no hizo caso alguno de los eclipses notados por los egipcios, entre los cuales vivía, ateniéndose á los de los caldeos. Eudoxio, que estudió trece años la ciencia del cielo en Egipto, no llevó á Grecia más que una tosca esfera, donde la posición de los astros era como la de diez siglos antes. ¿Qué más? ¿no enseñó Tales á sus maestros el fácil modo de calcular la altura de las pirámides mediante la relación de la sombra?

También demuestra el examen que no era tanta la ciencia astronómica de otros pueblos antiguos. Cuentan que Calistenes, compañero de expedición de Alejandro Magno, envió desde Babilonia á Aristóteles observaciones celestes hechas por los caldeos, que se remontaban al año 2200 antes de J. C. Que no haga mención Aristóteles de este hecho afirmado por Simplicio poco importa, pues se sabe que muchos de sus libros se perdieron, y entre ellos el *Astronomicón*. Pero ¿qué observaciones eran estas? Probablemente un registro de los fenómenos más notables, como los eclipses, las conjunciones de los planetas y los cometas. La torre de Belo, fuese ó no la de Nemrod ofrecía á la vista un horizonte más vasto; pero ¿servía para calcular la altura y las distancias del cenit, el paso de los astros por el meridiano, el curso de los planetas en el zodiaco, y los eclipses? Aquella elevación podía también, para gente inexperta, aumentar dos errores: la refracción, sumamente sensible hacia el horizonte, y la depresión horizontal. Tolomeo se vale de diez eclipses notados por los Caldeos, pero todos lunares, no anteriores á Nabonasar, y cuya duración está expresada en horas y medias, y el oscurecimiento en mitades y cuartos de diámetro. Ellos sin embargo, demuestran que los caldeos conocieron la verdadera duración del año, y cierto modo de medir el tiempo.

En efecto, usaban un *saros* ó periodo de 18 años, al cabo del cual volvían á principiar los eclipses de la luna en el orden mismo que habían seguido; periodo que pudieron deducir de su larga experiencia y del cuidado de conservar una noticia de los fenómenos eclípticos du-